

CRISTINA RIVERA GARZA

ESCRITURAS GEOLÓGICAS

14

LA
CRÍTICA
PRACTICANTE

Cristina Rivera Garza
Escrituras geológicas

La Crítica Practicante, 14

LA CRÍTICA PRACTICANTE

Ensayos latinoamericanos

Vol. 14

«LA CRÍTICA PRACTICANTE», como crítica imaginativa y descifradora, aspira a unir creación y crítica, sobre todo en el campo del ensayo.

Desde que en 1890 Wilde hablara del «crítico como artista», desde que T. S. Eliot apelara a un poeta crítico, consecuente y consciente de la racionalidad de su obra, la exégesis literaria ha intentado acortar las distancias con el texto mismo que comenta. Dentro de la producción ensayística hispanoamericana no faltan ejemplos de esa proximidad; entre ellos, piezas fundamentales para lo que es ya una historia nutrida y variada de la crítica literaria.

La presente colección desea recuperar y publicar libros que subrayen la continuidad y coherencia del pensamiento crítico, y no solo en torno a la literatura; también aquellos que, en sentido amplio, aborden creativamente la cultura latinoamericana.

Cristina Rivera Garza

ESCRITURAS GEOLÓGICAS

Iberoamericana • Vervuert • 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Escrituras geológicas

© 2022, Cristina Rivera Garza
Todos los derechos reservados

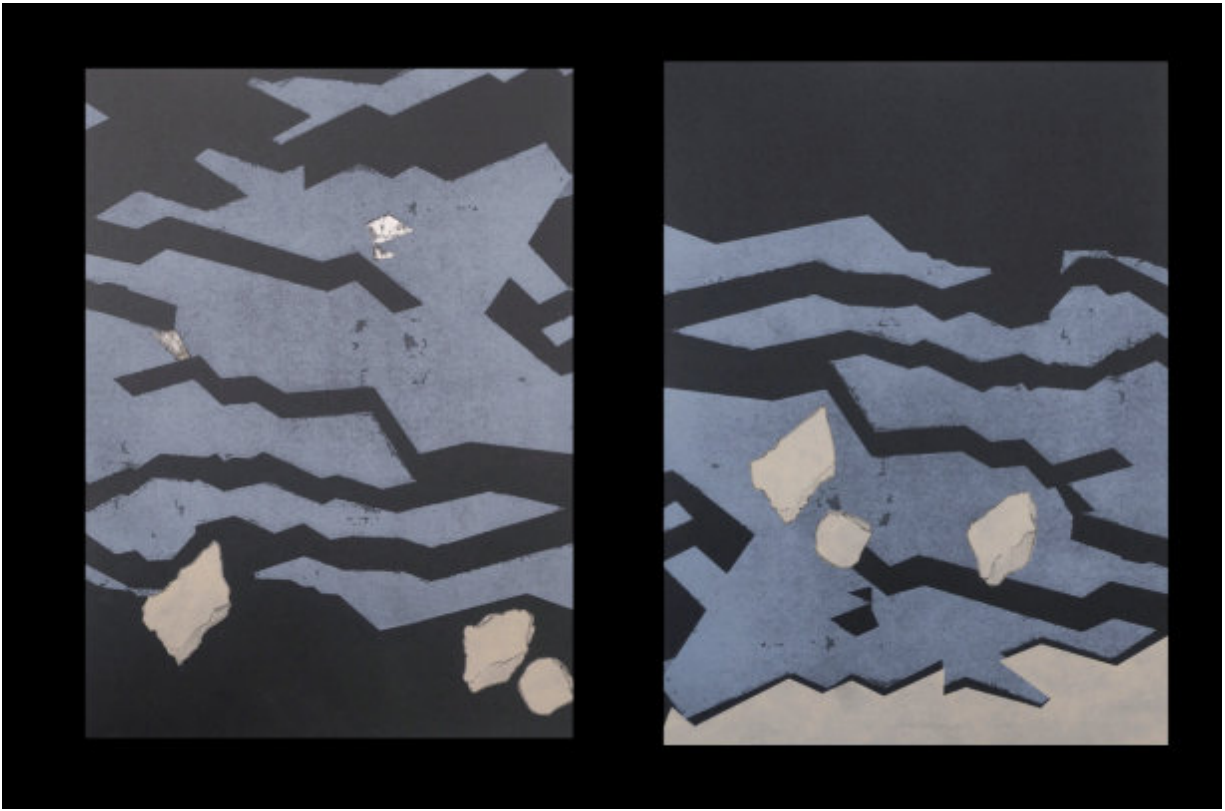
De esta edición:

© Iberoamericana, 2022
Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.iberoamericana-vervuert.es

© Vervuert, 2022
Elisabethenstr. 3-9 - D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.iberoamericana-vervuert.es

ISBN 978-84-9192-316-9 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-96869-361-3 (Vervuert)
ISBN 978-3-96869-362-0 (ebook)

Depósito Legal: M-20662-2022
Diseño de cubierta: Carlos Zamora
Dibujo de cubierta: Saúl Hernández Vargas



© Saúl Hernández Vargas

Índice

INTRODUCCIÓN

ESCRITURAS GEOLÓGICAS

1. Fincar sobre tierra firme:
Gerardo Arana
2. El drama del desierto:
José Revueltas
3. Los ahuehuetes han visto todas las catástrofes:
Elena Garro
4. Un cerro lleno de balas viejas:
Juan Cárdenas
5. Rapiña:
Balam Rodrigo
6. Debe ser que algo de uno queda cuando se muere:
Selva Almada
7. ¿Acaso nosotros sabemos mirar en este mundo
palpitante?:
Claudia Peña Claros
8. El regocijo de la materialidad:
Gabriela Cabezón Cámara

9. Todo esto suena en la noche de la selva:
César Calvo

DESEDIMENTACIONES

10. Sonar *wildly*:
una desedimentación con Gloria Anzaldúa

11. Una línea invisible en el centro de un río:
apuntes para una desedimentación del Río Bravo

12. Escribir en migración:
una desedimentación con Lina Meruane

13. Un texto breve, de apenas 22 cuartillas, que incluye
testimonios:
historia de una desedimentación de *Antígona González*,
de Sara Uribe

14. Los nororiginales:
desedimentar un feminicidio

15. El desamueblamiento:
desedimentar también es deshabitar

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y CONCEPTUAL

Introducción

Regresamos a la tierra. Nunca nos hemos ido, ciertamente, pero el olvido estratégico de la materia que nos sostiene y que somos, sobre el que se fundan los quehaceres y la saña de las economías extractivas que ven al globo terráqueo como un caudal sin fin de recursos naturales dispuestos para la explotación, se ha topado con el límite del cambio climático. No se trata, por supuesto, del sueño alucinado de un demente, sino de la realidad ya palpable de la degradación de los suelos, la recurrencia de desastres naturales cada vez más catastróficos y, en fin, la extinción de miles de especies de animales y plantas, incluida, en un futuro que se presiente cercano, la humana. Si bien “Geology of Mankind”, el artículo que publicó Paul Crutzen en la revista *Nature* en 2002 desató una conversación todavía álgida sobre el advenimiento del antropoceno, la era geológica en que la actividad humana ha sido determinante en el clima y el medio ambiente, utilizo aquí el término capitaloceno, tratando de recalcar el papel fundamental del capital, en tanto sistema e ideología, en la devastación que nos circunda.¹ Una versión ligera del antropoceno pudo bien haber acontecido cuando nuestros ancestros primero domesticaron el fuego y lo utilizaron para esculpir el medio ambiente, como lo argumenta James Scott en *Against the Grain*, pero la expansión de procesos de acumulación capitalista, que se acelera con la así llamada conquista de América, marca el inicio de un proceso de colonización y una crisis ecológica que se desarrollan a la par y que se acrecientan hasta el día de hoy.² En este contexto es cada vez más difícil escribir sobre “la condición

humana” sin tomar en cuenta los territorios en disputa sobre los que colocamos los pies, y los cuerpos de las especies que, en constante e irresuelta compañía, conforman nuestra condición de presente.³

Por eso es necesario hablar ahora de las escrituras geológicas. Hay que escarbar, por ejemplo, en la obra de José Revueltas y su manera de escribir el drama del desierto fronterizo -atiborrado, acaso paradójicamente, de capullos de algodón- como una calamidad humana y no humana. Y hay que examinar las andanzas de César Calvo por ese pedazo del Amazonas peruano herido por las plantaciones de caucho y salvaguardado, también, por las pintas de la ayawaskha que invoca Ino Moxo, un vegetalista, un curandero, un chamán. También habremos de hurgar en la maleza que desorienta a los que se pierden en los bosques de Bolivia bajo la mirada escrutadora de Claudia Peña Claros. Y seguir de cerca a ese agenciamiento formado por dos mujeres, una vaca y una perra que atraviesa y reconfigura la pampa y el desierto argentino en la pluma de Gabriela Cabezón Cámara. Hay que zambullirse en este río, este cauce, este sitio que ha visto el pervivir de los fantasmas porque, tiene razón Selva Almada, siempre queda algo de nosotros en los lugares donde morimos. Es necesario, en fin, hablar de un puñado de muy diversos escritores y escritoras -entre los que también están Gerardo Arana, Elena Garro, Juan Cárdenas, Balám Rodrigo, Gloria Anzaldúa, Emmy Pérez, Vanessa Angélica Villareal, Ire'ne Lara Silva, Lina Meruane, Sara Uribe- cuyos libros dan cuenta, y cuentan, el territorio y los cuerpos bajo la amenaza permanente del capitaloceno, pero de otra manera.

Tenía razón el escritor mexicano José Revueltas cuando argumentaba que la pregunta sobre la pertenencia era la más importante de nuestras vidas.⁴ Todos los seres -humanos, plantas, animales, piedras- tenemos una

ubicación, decía, todos ocupamos un espacio sobre la Tierra: eso es pertenecer. Esa es nuestra condición irrevocable y primigenia. Pero ese sitio concreto y material que designa nuestra pertenencia no ha sido nunca una *tabula rasa*, separado de los avatares de la historia del planeta ni de la humanidad. Con una visión de largo alcance tanto hacia el pasado como al futuro, Revueltas reconocía a “la ubicación” como un escenario radicalmente compartido y, por lo mismo, constantemente en disputa. Ahí, especies distintas y comunidades con un acceso desigual al poder, se encuentran y se oponen, se acoplan o se expulsan. ¿Cómo es que nosotros estamos aquí, en este punto del territorio, y otros no? ¿Quiénes o qué se ubicaron aquí antes, en el lugar que ahora ocupamos? ¿Qué fuerzas los arrancaron de aquí o qué imanes los atrajeron a otros sitios del orbe? Esas preguntas, que surgen de la imaginación política de un escritor, reverberan también en el trabajo crítico de Kathryn Yusoff, quien al argumentar que “la categorización de la materia es una ejecución espacial de lugar, tierra y persona que han sido arrancadas de esa relación por una dislocación geográfica”⁵ localizaba ahí, en ese contexto de acumulación, desposesión y violencia extrema, el origen mismo de la geología: “un régimen que produce sujetos y regula sus vidas subjetivas –un lugar donde las propiedades del pertenecer se negocian”.⁶ Por eso la geología no solo es un campo de saber, sino, más generalmente, una tecnología de la materia, una praxis racializada y colonialista que va mano a mano con los procesos de extracción y desposesión que han desmantelado regiones enteras del planeta, expulsando a poblaciones nativas y esclavizando a cuerpos negros o nativos a quienes, desde entonces, una geo-lógica indiferente categorizó como materia inerte, es decir, no humana. Las narrativas de origen de la geología, y por ende de la Tierra misma, tienden a ocultar esta experiencia de opresión y sufrimiento que, sin embargo, permanece en el

presente de manera material en forma de sedimentos. Yusoff ha llamado desedimentación al proceso a través del cual es posible “poner al descubierto la vida social de la geología” -en tanto lenguaje y en tanto práctica de acumulación y racialización- “y sus gramáticas de violencia”.⁷ Es necesario, añadía, producir una “economía distinta de la descripción” y comprometerse con otro modo de escribir capaz de llegar “más allá de la objetividad de la materialidad geológica, para tocar sus dimensiones inhumanas y anti-humanas en tanto praxis material y condición subjetiva”.⁸ Una escritura geológica se propone así, por principio de cuentas, como una operación desedimentativa.

La geología, por otra parte, nos recuerda constantemente que somos tiempo. Y esta no es una tarea menor en una sociedad que, por temerle tanto a la muerte, se empeña con singular fervor en omitir, si no es que rechazar directamente, la mera noción del paso de los años. “Las rocas no son sustantivos sino verbos”, argumentaba Marcia Bjornerud en *Timefulness*, subrayando su papel como testigos y materializaciones de eventos que se han llevado a cabo a lo largo de siglos, e incluso eras geológicas enteras.⁹ Visto así, el presente no es sino el sedimento más reciente y, por lo mismo, el más superficial -la punta del iceberg, diría Hemingway- que anuncia, aunque no permite ver a cabalidad, las múltiples capas que, sobrepuestas una sobre otra, constituyen un pasado que nunca se pierde, sino que se conserva en rocas, paisajes, glaciares y ecosistemas varios.¹⁰ La Tierra es, así, nuestro primer gran archivo geológico: el repositorio de las experiencias iniciáticas, y las últimas también. Al escarbar y sacar a la luz, el trabajo en conjunto de paleontólogos, geo-químicos, estratígrafos, geocronógrafos ha ido produciendo una conciencia del tiempo que nos permite tener una idea más clara de dónde estamos parados en relación a un pasado que aconteció sin

nosotros y un futuro que nos sobrevivirá y, más específicamente, del tiempo profundo, que los geólogos han utilizado para medir la edad de nuestra casa terrestre. A este tiempo más allá del binomio vida-muerte, donde la vida se convierte en un polo magnético, Elizabeth Povinelli le ha llamado sinalmidad.¹¹ La importancia política de este concepto de tiempo profundo no le ha pasado desapercibida a Christina Sharpe quien, en *In the Wake. On Blackness and Being*, insiste en investigar el pasado en sus constantes reapariciones, especialmente cuando irrumpe en el presente, abriendo grietas por las que se cuelan la crítica, la subversión y el trabajo colectivo del duelo.¹² El pasado, concluye, nunca es pasado del todo. Milorad Pavić lo decía de otro modo, aunque decía lo mismo: el pasado siempre está a punto de ocurrir.¹³ En su exploración acerca de las vidas que sobreviven a la esclavitud y el trabajo de duelo que acompaña dichas pérdidas, Sharpe utiliza otro concepto geológico -tiempo de residencia- para insistir en la persistencia del material que componen los restos de nuestros muertos. “Ellos, como nosotros, están vivos en hidrógeno, en oxígeno, en carbón, en fósforo, en hierro; en sodio y en cloro... ellos están todavía con nosotros en el tiempo de duelo que es el tiempo de residencia”.¹⁴ Sharpe se refiere fundamentalmente a los esclavos que fueron arrojados al mar durante las travesías trasatlánticas del Middle Passage, pero podría estar hablando por igual de los migrantes que pierden la vida en el desierto entre México y Estados Unidos, ahora vueltos máquinas totémicas que hacen el trabajo sucio de la política migratoria, o a los cientos y miles de mujeres que nos son arrebatadas por la violencia femenicida. Escribir geológicamente es, en muchos sentidos, compartir ese tiempo de residencia: el trabajo de sentarse a convivir con otros para marcar y recordar y honrar las vidas de las personas, animales,

plantas y rocas que nos han precedido y también, por qué no, de los que vendrán.

Ya en *Los muertos indóciles* abundé sobre las escrituras desapropiadas en referencia al “tipo de trabajo escritural que, en una época signada por la violencia espectacular de la así llamada guerra contra el narco, se abre para incluir, de manera evidente y creativa, las voces de otros, cuidándose de esquivar los riesgos obvios: subsumirlas a la esfera del autor mismo o reificarlas en intercambios desiguales signados por la ganancia o el prestigio”.¹⁵ No sabía entonces, pero lo argumento ahora, que lo que ahí llamaba voces son en realidad sedimentos textuales que nos toca auscultar y levantar, interrogar y subvertir, en ese recorrido vertical y descendente (o ascendente, si la materia bajo escrutinio es la atmósfera) que exige la conciencia del tiempo profundo. Ya en forma de papeles de archivo o de transcripción de entrevistas, ya en forma de material gráfico o de notas de campo o de documentos de segunda mano, estos sedimentos textuales no solo ponen de manifiesto la persistencia del pasado, su aglomeración en futuros que parten de nosotros ahora mismo, sino también el arduo, y muchas veces gozoso, proceso de investigación que sustenta toda escritura geológica. Lejos de ser una tarea rígida con formato preestablecido, la investigación es en realidad una forma de imaginación y de cuidado. Lo que nos permite acercarnos a los enigmas que poco a poco generan la práctica de la escritura no es una identidad compartida, sino el trabajo propicio, y propiciatorio, de la atención, que es una praxis tanto material como espiritual. La que investiga convoca y reúne, crea contactos, invita al diálogo. Investigar es una forma de extender el abrazo.

En la literatura, como en la Tierra que nos sostiene sobre huellas de otros, no hay *tabula rasa*. Si algo puede ser escrito ahora es porque ha sido escrito, seguramente de

otra forma, antes, y será reescrito, con algo de suerte, después. Acaso por eso una buena parte de los libros y piezas que leo y desmenuzo en este texto utilizan la reescritura como una estrategia de trabajo. En *Las aventuras de la China Iron*, por ejemplo, Gabriela Cabezón Cámara trae a colación y subvierte el *Martín Fierro*, uno de los textos canónicos de la literatura y la nacionalidad argentina, rescribiendo, tanto el libro como la nación, en clave *queer*. A la manera del DJ que mezcla sonidos, el poeta mexicano Gerardo Arana entrelaza los versos de *Suave patria*, el poema fundacional que Ramón López Velarde publicó en 1921, en los albores de la posrevolución mexicana, con palabras y ritmos de “Septiembre”, del poeta búlgaro Milev, para decir de otra manera -de manera geológica- la violencia estructural que aqueja al país el día de hoy. Lejos de ser un gesto nostálgico, que sueña con un pasado en que todo fue mejor, estos autores testerean y remueven, cortan y entremezclan, haciendo, en fin, todo lo posible para abrir esa grieta en el presente por donde irrumpirá, con toda su potencia crítica, el pasado que pervive bajo nuestros pies o vuela en la atmósfera junto con el aire que respiramos. El que rescribe geológicamente inacaba el pasado: no confirma el estado de las cosas, sino que las interroga; no perpetua los vectores del poder, sino que los desvía. Una cita, después de todo, es una cosa de más de uno. Una cita es una mutación que contiene ya, en sí, otro futuro.

Tocar los materiales de un pasado que no es pasado siempre tiene consecuencias. Si Jalal Toufic tiene razón, y creo que la tiene, en el contexto de los desastres insuperables de nuestros tiempos, el capitaloceno incluido, convocar a un material latente de la tradición cultural, como lo hace la reescritura, es provocar una especie de resurrección. Los desastres insuperables, después de todo, no se miden solamente por el número de muertos o la destrucción de la infraestructura o el tamaño del trauma

psíquico de la población, sino que se les reconoce sobre todo por la “retirada inmaterial” de la tradición.¹⁶ Me explico. Los artefactos culturales -música, literatura, cine, pintura- bien pueden continuar ahí, aparentemente intactos durante o después del desastre, pero solo a costa de ya no significar nada, de estar carcomidos por dentro, y de haber perdido la potencia que los generó. En el lenguaje del antropólogo Gastón Gordillo, diríamos que el desastre insuperable produce ruinas: esa esteticización del pasado, monumentos a los que únicamente visitan las palomas de los parques desiertos.¹⁷ Al levantar las capas de experiencia y las capas textuales que encubren el trauma -y el geotrauma- del desastre, la reescritura interrumpe, así, esa retirada inmaterial y, desde el presente, se apresta a resignificar. La tarea es revivir, insuflar, remozar. La tarea, en términos tanto estéticos como políticos, es echarnos a andar de nuevo.

¿Para qué? Si las marcas de la extracción y de la rapiña quedan hendidas en la materia, entonces solo esa materia nos puede regresar las pistas necesarias para hacer, desde el presente, la pregunta sobre la acumulación que, como discutía Silvia Federici en *Calibán y la bruja*, no es un proceso único o singular fijo en el *continuum* de la historia, en los albores del surgimiento del capitalismo, sino un ciclo de despojo y desasosiego que se repite una y otra vez, ya en el territorio en forma de cercamientos, ya en los cuerpos de las mujeres que, debido a la división sexual del trabajo, han sufrido la explotación que resulta de invisibilizar su labor, pregonada como “doméstica”.¹⁸ En “Las edades del cadáver”, un ensayo luminoso que constituye, al mismo tiempo, su teoría para una geología general, el pensador Chileno Sergio Villalobos-Ruminott insiste en que la tarea de la geología “no consiste en ordenar huesos y cadáveres como si se ordenara un archivo, sino en desenterrar los secretos de la acumulación y hacer posible la pregunta

sobre la justicia... abriendo la posibilidad de una nueva relación con la historia pero no por estar abocada a la lógica de la excavación y el desentierro sino por estar preocupada con la vida como exceso con respecto a toda forma principal de racionalidad”¹⁹. Las piezas y libros que comento aquí ciertamente no responden a la pregunta sobre la justicia, puesto que esa responsabilidad nos toca a todos nosotros, pero sí trabajan laboriosamente, a través de una multiplicidad de gestos escriturales, para lanzarle al mundo esa pregunta encendida, lacerante, inaplazable. En los parajes atroces de las rutas migratorias que parten de Centroamérica para llegar a Estados Unidos a través de México, como lo hace Balam Rodrigo en *El libro centroamericano de los muertos*, o entre las plantaciones de caucho en las selvas amazónicas del alto Perú, como lo lleva a cabo *Las tres mitades de Ino Moxo* de César Calvo, la pregunta sigue ahí, mirándonos de lejos, pero también de frente, provocadora, irascible, cercana. Y luego levanta la cara también, lívida y luminosa, a lo largo del cauce del Río Bravo, como la imaginó el tratado internacional con el que se selló la desposesión, y que la poeta Emmy Pérez cuestiona. La pregunta vibra, resuena, hace de las suyas, desde los tiempos de la conquista hasta la época actual en ese palimpsesto de edades que es la Ciudad de México en “La culpa es de los tlaxcaltecas”, de la narradora mexicana Elena Garro, y acecha todos los recovecos de la voz de Lina Meruane, la voz propia y la voz de los que la precedieron, en ese viaje de llegada y de retorno hacia Palestina.

Para eso pues, para hacer esa pregunta. Para no dejar de hacerla.

Tengo la impresión de que escribir ensayos, al menos los ensayos que viven en este libro, tiene mucho de ese viejo arte de fraguar conversaciones entre una serie de personas que, sin haberse encontrado antes, ya han estado platicando entre ellas. A veces guiada por el asombro que

viene de la semejanza, y otras por el estupor que invade a lo disímil, he ido invitando aquí a autoras que escriben textos preponderantemente teóricos a reunirse y platicar con autoras que sobre todo publican novela, poesía o cuento. Además de las autoras que he convocado en esta introducción, cuyos libros se han mantenido, subrayados y abiertos, sobre las mesas en la que he ido escribiendo, Povinelli, por ejemplo, me ayudó a hacerle otro tipo de preguntas a Revueltas; Moreiras, a Claudia Peña Claros; Pettman, a Calvo, por citar algunos ejemplos. Se trata de una especie de agenciamiento intelectual, tan fructífero como efímero. Otros puntos de vista teóricos seguramente harán necesarias otra clase de preguntas para la escritura creativa, y es del todo posible que otros ejemplos de escritura creativa traigan a colación otros conceptos. Puedo pensar ahora mismo en los nombres de más autores y autoras que me gustaría que estuvieran aquí, dialogando con nosotras, pero no me ha movido el afán de producir un índice definitivo de las escrituras geológicas y sus procesos de desedimentación, sino apenas señalar y llamar la atención sobre algunos de los gestos escriturales con los que ciertos autores han respondido al reto muy real del capitaloceno, aprovechando y cuestionando en cada caso lo que plantean, en ese modo de provocar pensamiento contemporáneo, los nuevos materialismos.

La gran mayoría de los trabajos que aquí reviso y esculco y celebro, ya sean teóricos o no, han estado presentes y han atravesado, de hecho, los procesos de escritura de mis tres libros más recientes -*Había mucha neblina o humo o no sé qué, Autobiografía del algodón, El invencible verano de Liliana*-.²⁰ Es posible decir, luego entonces, que he estado platicando con todos ellos ya por mucho tiempo, a veces en salones de clase donde escrutamos frase por frase, otras en sobremesas animadas con vino y pastelillos, y otras más en esas veredas solitarias cuando hablo conmigo misma

mientras trato de alcanzar el pico de alguna montaña. Tal vez este libro no sea sino una manera de correr el velo sobre esa conversación. Tal vez sea mi manera, un poco tardía, de invitarlos a participar en ella.

¹ Paul J. Crutzen, "Geology of Mankind", *Nature* 415: 23 (2002), <https://www.nature.com/articles/415023a>. Una discusión crítica del carácter esencialista y ahistórico del concepto de antropoceno se puede encontrar en Francisco Serratos, *El capitaloceno. Una historia radical de la crisis climática* (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México/Festina Publicaciones, 2020).

² James Scott, *Against the Grain. A Deep History of the Earliest States* (New Haven: Yale University Press, 2017), 3. Una argumentación similar aparece en Michael Williams, *Deforesting the Earth. From Prehistory to Global Crisis. An Abridgment* (Chicago: The University of Chicago Press, 2006).

³ Cualquier referencia a especies en acompañamiento está relacionada aquí al trabajo de Donna Haraway, especialmente, *Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene* (Durham: Duke University Press, 2017).

⁴ José Revueltas, "El escritor y la tierra", en *Crónica: México 68. Juventud y Revolución. Visión del Paricutín. Obra reunida 6* (Ciudad de México: Era, 2014), 548.

⁵ Kathryn Yusoff, *A Billion Black Anthropocenes or None* (Minneapolis: Minnesota University Press, 2019), 2.

⁶ Yusoff, *A Billion Black Anthropocenes*, 13.

⁷ Yusoff, 52.

⁸ Yusoff, 12.

⁹ Marcia Bjornerud, *Timefulness. How Thinking Like a Geologist Can Help Save the World* (Princeton: Princeton University Press, 2018), 8.

¹⁰ Bjornerud, *Timefulness*, 162.

¹¹ El concepto en inglés es *soullessness*, la traducción es mía. Véase, Elizabeth Povinelli, *Geontologies. A Requiem to Late Liberalism* (Durham: Duke University Press, 2016).

¹² Christina Sharpe, *In the Wake. On Blackness and Being* (Durham: Duke University Press, 2016), 9.

¹³ Milorad Pavić, *Landscape Painted with Tea* (New York: Knopf, 1990).

¹⁴ Sharpe, *In the Wake*, 19. Traducción de la autora.

¹⁵ Cristina Rivera Garza, *Los muertos indóciles. Necroescritura y desappropriación* (Ciudad de México: Penguin Random House, 2019), 86-87.

¹⁶ Jalal Toufic, *The Withdrawal of Tradition Past a Surpassing Disaster* (Los Angeles: Redcat, 2009).